

## CAPITULO XXIX.

Nueva liga contra la Francia.—El condestable de Borbon abandona á los franceses.—Ayuda al Emperador.—Adriano VI fallece, sucediéndole en la Sede pontificia Clemente VII.—Estéril campaña de 1523.—Triunfos de los españoles.—Recobran á Fuenterrabia.— Muerte de Bayardo.

Crítica y difícil era la situación política y religiosa de la Europa para un pontífice sencillo, modesto y austero en sus costumbres, como era Adriano VI, y fácilmente se comprenderá que no podía encontrarse á la verdadera altura de las circunstancias.

Al verle restablecer en el ducado de Urbino á Francisco María de la Rovere, á quien Leon X había despojado, devolver al duque de Ferrara las plazas que ocupaban los soldados pontificios, y tratar de corregir y reformar las costumbres y los vicios de que adolecía la corte romana, alzaronse contra él una multitud de enemigos que habian de producirle grandes y repetidos disgustos durante su breve pontificado.

En vano procuró restablecer la paz entre los monarcas cristianos al objeto de que reunieran sus fuerzas para combatir á los turcos mas ensoberbecidos cada dia por sus victorias; Francisco y Carlos, no escuchando sus exhortaciones, preparábanse para combatirse mutuamente, no para deponer sus rencores y atender á aquel peligro.

Carlos, aliado con el rey de Inglaterra, consiguió que Adriano se uniese á ellos pintando á Francisco como el que verdaderamente se oponía á toda reconciliación, lo cual era muy presumible, teniendo en cuenta que el rey de Francia no podía perdonar al de España la fortuna que hasta entonces presidiera con tanta insistencia á todas sus empresas.

La república veneciana tambien entró en la liga separándose de los franceses, de quienes hasta entonces fuera amiga, quedando Francisco completamente solo para hacer frente á tan poderosos adversarios.

Mas no se intimidó por ello. Por el contrario, siguiendo su plan de tomar la iniciativa, preparóse á marchar á Italia, cuando un acontecimiento inesperado, ocurrido en el interior de su reino, vino á echar por tierra todos sus planes.

Este fue la famosa conspiración del duque de Borbon, conspiración que sirvió en gran manera al Emperador, y conspiración provocada en primer término por la enemistad de una reina, y la ligereza de su hijo.

La reina viuda María Luisa de Saboya habia aspirado á la mano de Carlos, Delfin de Auvernia, conde de Montpensier y condestable de Borbon, viudo de una nieta de Luis XI, y desairada en su pretension, consiguió que su hijo tomase parte en su enojo, secuestrando los bienes que el Condestable poseía de su difunta esposa.

Tan imprudente disposición en aquellas circunstancias, irritó sobremanera al Condestable, que inmediatamente se puso en comunicacion con el Emperador y el rey de Inglaterra, resuelto á ponerse de su parte.

La conjuración fue tomando proporciones y el Condestable se comprometió á atacar el territorio borgoñon, inmediatamente que Francisco marchase á Italia, sublevando al mismo tiempo las cinco provincias que estaban bajo su dominio.

En pago de esto, la Provenza habia de ser restablecida en reino en favor del Condestable, el cual se casaría con D.<sup>a</sup> Leonor, hermana del Emperador y viuda del rey de Portugal, quedando Francia repartida entre Inglaterra y España, y dejando por lo tanto de ser una nacion independiente.

Descubierta semejante conjuración, pudo el Condestable evitar la cólera del Rey y marchar á Italia, pero aun cuando merced á aquel descubrimiento habia desaparecido el peligro inmediato en el interior de su reino, Francisco no juzgó prudente ya marchar á ponerse al frente de las tropas, y confió su mando al almirante Bonnavet, caudillo esforzado y valiente, pero que carecía de las demás tan necesarias é imprescindibles cualidades que constituyen un buen general.

Cuarenta mil hombres llevaba este, y Colonna, que estaba á la sazón sin fuerzas bastantes para oponerse á su paso, hubo de encerrarse en Milan, temeroso de tenerla que evacuar tan luego se presentase ante ella su contrario.

Felizmente para Colonna, Bonnavet permaneció algunos dias inactivo, y durante este buen espacio, pudo aquel reparar las fortificaciones, almacenar víveres y prepararse para una vigorosa resistencia.

Inútiles fueron cuantas tentativas hicieron los franceses para apoderarse de la ciudad, viéndose, finalmente, obligado Bonnavet á replegarse á cuarteles de invierno sin haber podido conseguir otra cosa que apoderarse de Lodi.

Durante este tiempo, Adriano VI falleció en 14 de setiembre, y el cónclave reunido en 18 de noviembre, eligió para el pontificado al cardenal Julio de Médicis, quien tomó el nombre de Clemente VII.

Con gran alegría fue acogida semejante elección, puesto que se esperaban grandes y satisfactorios resultados de los conocimientos que poseía el elegido: únicamente el cardenal Wolsey vió lleno de ira su esperanza destruida, y esto fue la causa de la enemiga que desde entonces profesó al Emperador, quien no pudo satisfacerle con las poderosas razones que le expuso para justificar la falta de cumplimiento en lo que le habia prometido (1).

(1) Durante el pontificado de Adriano VI, los maestrazgos de las Órdenes militares

Hízole presente, que teniendo en cuenta el afecto que el pueblo romano profesaba al cardenal Julio de Médicis, y el prestigio de que disfrutaba este, hubiera sido altamente impolítico oponerse á su elección; al mismo tiempo, para templar su enojo, consiguió que el nuevo Pontífice le nombrase legado perpétuo en Inglaterra, dándole amplias facultades para obrar.

Pero nada de esto fue suficiente á satisfacer al ambicioso prelado, y las consecuencias de su despecho no habian de tardar mucho en hacerse sentir.

Entre tanto, Enrique VIII, á pesar de todos sus deseos, se veía en graves apuros para alcanzar de sus súbditos el dinero necesario para sostener la guerra con Francia, y esto le obligó á retrasar sus operaciones, dando por resultado que la estación estaba ya muy adelantada cuando el ejército inglés pudo reunirse á las tropas flamencas y penetrar en Picardía, reunidas ambas fuerzas bajo las órdenes del duque de Suffolk.

Sin obstáculo alguno llegaron los aliados hasta siete leguas de París, mas los generales franceses, prosiguiendo su sistema de no presentar grandes batallas, sino únicamente cansar al enemigo en fuerza de rebatos y cortándole los víveres, consiguieron que emprendiese la retirada, sin que la campaña de 1523 diese resultado alguno favorable para las armas imperiales.

La inaugurada en el siguiente año, desde los primeros momentos, se presentó bajo un aspecto distinto.

El mariscal de Navarra, que tenía á su cargo la importante plaza de Fuenterrabia, entró en tratos con los españoles, y estos recobraron aquella plaza.

El nuevo Pontífice, á pesar de su antipatía á los franceses, temiendo la preponderancia que cada dia iba adquiriendo el Emperador, se separó de la liga, á pesar de lo cual, las armas españolas, bajo el mando del virey de Nápoles Carlos de Lanoy, que por muerte de Colonna ejercía el cargo que este desempeñaba, aun cuando la parte principal de las operaciones estaba encomendada al condestable de Borbon y al marqués de Pescara, obligaron á Bonnavet á abandonar el campo atrincherado de Biagrasa, sufriendo una terrible derrota al atravesar el Sesia.

En ella fue herido Bonnavet, y perdió la vida el famoso Bayardo, el caballero sin miedo ni tacha de las antiguas crónicas, de quien se cuenta, que herido y arrojado á un árbol, al escuchar que el condestable de Borbon se concholia de su suerte, le dijo: «No me compadezcáis, señor, puesto que muero como honrado; de vos, si que me compadezco al veros pelear contra vuestro rey, vuestra patria y vuestro juramento.»

Tras esta derrota, los franceses perdieron cuanto poseían en Italia, viéndose desamparados por todos los demás pueblos de Europa.

Parecía que con este triunfo debiera haberse satisfecho la ambición de Carlos; la Italia deseaba la paz, y en este sentido el mismo Pontífice se dirigió al Emperador exhortándole para asegurarla.

Pero Carlos no estaba contento; queria humillar mucho mas á su contrario, y escuchando las frases del condestable de Borbon que le decía, que su sola presencia en Francia seria la señal para que se levantasen todos sus antiguos vasallos, reunió un ejército de diez y ocho mil hombres, que puso bajo las órdenes de Pescara, á quien ordenó á su vez se sujetase en todo á lo que dispusiera el de Borbon.

Destinado este ejército á invadir la Provenza, en julio de 1524 pasó los Alpes sin que les costase gran trabajo, apoderándose de todas las poblaciones que encontraron á su paso, hasta llegar á Marsella.

Cuarenta dias de cerco sufrió esta plaza, sin que ni los esfuerzos de Borbon ni la experiencia de Pescara, fueran bastantes á vencerla.

El Emperador habia formado empeño en apoderarse de ella, y Francisco á su vez, que comprendió toda la importancia que para aquel tendría semejante posesión, procuró impedirlo, talando todo el país y reuniendo un ejército numeroso bajo los muros de Avignon.

Tanto á consecuencia de esto, cuanto por las enfermedades que en el campo imperial se presentaron, viéronse obligados los españoles á levantar el cerco, retirándose á Italia sin haber obtenido resultado beneficioso de aquella expedición.

Carlos tuvo necesidad de renunciar á la mitad de su plan, puesto que tampoco Enrique de Inglaterra cumplió lo prometido; ya empezaba á mostrarse resentido con el Emperador, y no habia de tardar mucho en manifestar de un modo mas ostensible el resentimiento, mas bien de su ministro Wolsey, que el suyo propio, como tendremos ocasion de ver muy pronto.

El deseo de venganza de este preparaba complicaciones muy terribles, tanto para la política europea, cuanto para el catolicismo.

de España, cuya administración temporal tenían los monarcas desde el reinado de los Reyes Católicos, quedaron agregados perpétuamente á la Corona.



BATALLA DE PAVÍA.—PRISION DE FRANCISCO I.



### CAPITULO XXX.

Los imperiales se ven obligados á evacuar á Milan.—Francisco I en Italia.—Sitio de Pavia.—El pontífice Clemente VII celebra con el rey de Francia un tratado de neutralidad.—El marqués de Pescara y el del Vasto se apoderan de la plaza de Melzo.—Notables palabras del marqués de Pescara.—Batalla de Pavia.

GRANDE era la confianza que había infundido á Francisco I la buena suerte que le favoreciera en la Provenza, y sin escuchar los prudentes consejos de sus experimentados generales, marchó á Italia á ponerse al frente de sus tropas.

El ejército imperial se encontraba precisamente en aquellos momentos en una situación sumamente deplorable. Falto de pagas, de vestuario y de suficiente contingente para resistir á un enemigo poderoso, apenas este se presentó en las llanuras de Lombardia, los diez y seis mil soldados del Emperador, no tuvieron mas recurso que encerrarse en las plazas fuertes.

Lanoy y Pescara, que se habían acogido á Milan, que estaba asolada y desierta á consecuencia de la peste, no tuvieron otro remedio que retirarse á Lodi á la aproximación del ejército francés.

En grande riesgo se hubieran encontrado los españoles, si durante esta retirada les hubiesen atacado sus contrarios, pero Francisco, desoyendo los consejos de sus generales, en vez de obrar de aquel modo, se puso á sitiar á Pavia, cuya plaza defendía Antonio de Leiva con una guarnición de seis mil hombres.

El Monarca francés, irritado por la resistencia que encontraba, empeñóse mas en vencerla, y precisamente de esta obstinación se aprovecharon sus adversarios, debiendo convenir, como dice muy oportunamente un historiador, que jamás hubo un tiempo mejor aprovechado.

El siglo y la inacción en que se hallaba Lanoy y el marqués de Pescara fueron tales, que en Roma se fijó un pasquin diciendo en son de mofa, que se daría una gran recompensa al que diese razón de su paradero.

Pronto iban á darla ellos mismos de una manera harto ruidosa.

Mientras Lanoy empeñaba las rentas de Nápoles para proporcionarse dinero, y el condestable de Borbon tomaba á préstamo sobre sus alhajas una suma considerable, poniéndose en camino para Alemania al objeto de levantar tropas, el marqués de Pescara hablaba á los soldados españoles, de quienes era sumamente querido, exhortándoles á pelear sin sueldo y solamente por el honor de sus armas.

Clemente VII, creyendo ya perdido por completo todo el Milanesado para las armas de Carlos, y juzgando á Francisco como el favorecido por la fortuna, celebró con este un tratado de neutralidad, comprometiéndose en él tambien la república florentina.

El rey de Francia estaba completamente seguro de su triunfo. La suerte que le favoreciera en la Provenza y en la primera parte de su campaña en Italia habíale fascinado, y olvidándose de la prudencia, con mas sobra de presunción que de verdadera discreción militar, confiando en que Pavia había de ser suya, toda vez que los imperiales no se encontraban en situación de socorrerla, desmembró su ejército enviando diez mil hombres al reino de Nápoles, á las órdenes de Juan Stuart, y otra división á Génova, mandada por el marqués de Saluzes.

Pescara y Lanoy, que no perdían de vista ninguno de los movimientos de su contrario, comprendieron que había llegado el momento de demostrar á los que habían puesto el famoso anuncio en Roma, de que ya hicieron mérito, que aun existían, y el primero, acompañado de su sobrino el marqués del Vasto y seguido de dos mil españoles, á favor de la nieve y cubriendo sus armas con camisotes blancos que sobre ellas se pusieron, llegaron al pie de los muros de la plaza de Melzo, apoderándose de ella escalándola y haciendo prisionera á toda la guarnición; mas pusiéronla despues en libertad para ver si con este rasgo conseguían que Francisco tratase con menos rigor á los prisioneros que tenía, y regresaron á Lodi con un cuantioso botín.

Al saber Francisco lo ocurrido, envió un mensaje á Pescara, ofreciéndole doscientos mil escudos si quería salir de los muros de Lodi á presentarle la batalla. El marqués contestó al enviado las siguientes frases que en aquellas circunstancias tuvieron todo el valor de una profecía: —«Decid al Rey, que si dineros tiene que los guarde, que bien se los habrá de menester para su rescate.»

El condestable de Borbon, había conseguido entre tanto su objeto en Alemania, y á principios del año 1525 penetraba en Lombardia al frente de doce mil hombres, los que unidos á los soldados que tenía Lanoy y Pescara, equilibraban las fuerzas francesas.

Sin embargo, la escasez de recursos ponía á cada paso en graves conflictos, tanto á los imperiales que estaban en Lodi, cuanto á los que se defendían en Pavia, siendo necesarias todas las grandes dotes de Antonio de Leiva y de los demás generales españoles, para contener á la soldadesca insurreccionada.

Para evitar que el mal tomase proporciones quizás irremediables, Borbon y Pescara, juntamente con Lanoy, decidieron salir de Lodi el día 24 de enero.

Sin embargo, una grave dificultad se les ofrecía para el logro de su empresa, dificultad que el marqués de Pescara se propuso dejar resuelta antes de salir de Lodi.

La falta en que se hallaban de dinero estaba produciéndoles conflictos á cada paso, especialmente por parte de los alemanes, que reclamaban sin cesar, y con los cuales no podía contarse si no estaban bien pagados. Había necesidad de mover el ejército y esta-

ban ciertos los generales que si no percibían los alemanes lo que se les adeudaba no querían salir á campaña.

En tan grave apuro el marqués de Pescara reunió á los capitanes de la infantería española, y con aquella ruda pero expresiva elocuencia que le caracterizaba, les hizo presente la situación en que se hallaba, les dijo que todos los jefes habían ya empeñado y vendido cuanto tenían, pero que esto era insuficiente si ellos no le ayudaban, no solo no cobrando lo que les correspondía, sino entregando cada uno lo que pudiesen de sus ahorros.

La contestación de aquellos valientes fue que irían al combate sin paga alguna, aun cuando hubieran de vender hasta sus camisas para comer, y además entregarían á los alemanes cada uno de por sí ochenta de ciento, ó seis de diez, según lo que tuviera cada cual.

Semejante rasgo de patriotismo y generosidad, que apenas si los historiadores extranjeros le mencionan, fue acogido con extraordinaria alegría por el Marqués, y una vez recogido el dinero por el contador del ejército, pudo dársele á cada tudesco un ducado de socorro, y merced á ello se puso en marcha la hueste, llegando frente al enemigo, y á la vista de Pavia, el día 30 de enero (1).

La mayor parte de los generales franceses aconsejaron al Monarca que no aceptase la batalla en aquel sitio, puesto que se iban á encontrar entre dos fuegos, pero Francisco I, siguiendo la opinión de Bonnivet, y juzgando deshonoroso para sus armas el retroceder, no quiso abandonar los muros de la plaza.

Los españoles molestaban sin cesar á sus contrarios con sus continuos rebatos y escaramuzas, hasta que llegó la noche del 23 de febrero en que observó en el campo español un gran incendio.

Este no era otra cosa que un ardor de sus caudillos. Supusieron que los franceses creerían que iban en retirada, y que trataban de ocultar su fuga, y saldrían de su campo en su seguimiento, y presumieron acertadamente.

Al amanecer púsose en movimiento el ejército francés, pero se encontró con que el español estaba formado en batalla y apercebido para la pelea.

Esta dió comienzo inmediatamente. Los franceses, con irresistible ímpetu arrojáronse sobre sus contrarios que, á los gritos de *Santiago y España*, se rehacen y repelen con violencia á sus acometedores.

Al mismo tiempo Antonio de Leiva, apercebido ya para el combate, hace una salida, y sus soldados caen sobre la retaguardia francesa.

La pelea tomó proporciones colosales; el estridente choque de las armas confúndese con los gemidos de los moribundos y los lamentos de los heridos, el humo de la pólvora con la polvareda que levantan los caballos, y las luchas cuerpo á cuerpo se generalizan por todo el campo.

No tardó mucho en inclinarse la balanza de la victoria en favor de los imperiales. El momento supremo llegó, y Francisco arrojó en aquel terrible juego su postrera carta.

Pero los suizos en quienes confiaba declaráronse en fuga, y los lansquenets alemanes que servían á la Francia fueron arrollados por los soldados españoles.

El Rey y sus mejores caballeros recibieron toda aquella multitud de soldados que estaban aspirando ya el aroma de la victoria. Pero su bravura no podía resistir, y fue decayendo al par que cada guerrero ilustre iba sucumbiendo.

Bonnivet, La Palisse, La Tremouille, Bussy d'Amboise, la flor de los caballeros franceses fue perdiendo la vida por defender á su Rey, hasta que la caballería de Pescara, auxiliada por la mosquetería española, arrolló la última fila de soldados que defendía al Monarca, y este cayó al suelo con su caballo herido.

Entonces un soldado vizcaino llamado, á lo que parece, Juan de Urbietta, le intimó la rendición sin saber quién era, poniéndole la espada al pecho, y un hombre de armas granadino que tenía por nombre Diego Dávila, al saber que era el Rey, presentóse ante él, y recibió el estoque y una manopla.

Presto circuló la noticia de este suceso por todo el campo, y los generales españoles presentáronse ante él tributándole todos los honores consiguientes, y guardándole todas las consideraciones compatibles con su deber.

La custodia del régio prisionero fue confiada á D. Fernando de Alarcon, alojándole en un monasterio situado en las afueras de Pavia, pues no quiso entrar en la plaza como vencido el que había blasonado tanto de obtenerla como victorioso, y entonces fue cuando escribió á su madre la duquesa de Angulema aquella carta donde se encuentran las frases de *Tout est perdu hors l'honneur*, que tanta celebridad han llegado á adquirir.

Tal fue el resultado de la famosa batalla de Pavia, que tuvo lugar el día 24 de febrero de 1525, y en la que sucumbieron mas de diez mil franceses, en su mayor parte pertenecientes á la nobleza, haciéndose gran número de prisioneros, entre los cuales, el de mas importancia despues del Rey, era el príncipe de Navarra, Enrique de Albret.

(1) Sandoval, lib. XI, par. 16.



INSURRECCION DE LOS MORISGOS DE VALENCIA.